

La redacción como institución total

Por Luis García Tójar

**Profesor-colaborador del departamento de Sociología VI de la Facultad de CC. de la Información,
Universidad Complutense de Madrid**

Artículo Resumen

Resumen:

*Este artículo plantea, en términos estrictamente metafóricos, una lectura de la obra de Erving Goffman *Internados* aplicada a los medios de comunicación. Si entendemos la redacción informativa como una institución social destinada a la reeducación permanente de unos individuos en una serie de normas profesionales (luego sociales), y consideramos que esas instituciones, al tener la forma de grandes empresas comerciales, están sujetas a los bruscos vaivenes de la economía capitalista global y transmiten esa inestabilidad sobre sus profesionales (sometiendo ese conjunto de normas a transformaciones continuas y no siempre coherentes, y situando al informador dentro de un proceso de precarización laboral nunca antes conocido), podremos comprender de una manera más adecuada la difícil posición del periodista en las sociedades democráticas actuales.*

Palabras clave: Periodismo, formación, construcción de la noticia, instituciones totales, anomía

Abstract:

This paper establishes, in terms of strictly metaphoric purposes, a reading of Erving Goffman's *Asylums* applied to the media. If we look at the newsroom as a social institution which performs the permanent re-education of some individuals in some professional (then social) rules, and if we consider that these institutions, having the form of big commercial companies, are subdued to the sharp swayings of global capitalist economy and that they transmit this instability to their workers (submitting this ensemble of rules to continuous and not always coherent transformations, and putting the journalist into a process of labour deregulation never known before), we will be able to understand a little better the difficult position of journalists in present democratic societies.

Key words: Journalism, education, newsmaking, total institutions, anomy

1. Introducción

La investigación aplicada no ha logrado aún caracterizar adecuadamente la difícil relación de libertad y constricción que se da en los medios de comunicación. Los periodistas (llamaremos así a todos los agentes que trabajan en una redacción, sea cual sea su estatus o función) no son libres para expresar sin ningún tipo de cortapisa sus opiniones a través del medio en que trabajan. Nadie lo es, en realidad: la civilización no es otra cosa que un fenomenal esfuerzo autorrepresivo. Cualquier ser social sufre y acepta, en mayor o menor medida, las presiones materiales e ideológicas que ejercen sobre él los demás miembros de su grupo social, por separado o asociados en instituciones. Decir esto no equivale a convertir las constricciones sociales (ni las periodísticas) en algo natural, inevitable y no relacionado con las coordenadas geo-históricas. Se trata más bien de desmontar el mito de la independencia que tanto ha calado en la cosmovisión romántica del oficio de periodista, para sustituirlo por una fotografía más gris pero más cercana a la cotidianeidad que vive el informador.

La respuesta de que los periodistas escriben al dictado de las instituciones sociales y se limitan a expresar siempre el punto de vista de los dominantes, típica de algunas teorías críticas de los años sesenta y setenta, no es más satisfactoria que la mencionada visión romántica. Los informadores de cualquier estado democrático, con unos niveles aceptables de paz social, realizan su trabajo en unas condiciones de autonomía que les permiten tomar por sí mismos la práctica totalidad de las decisiones en el proceso de producción de la información. Una vez que no se ha encontrado un marco simbólico que explique satisfactoriamente la relación entre los periodistas y las estructuras empresariales en que trabajan, es decir, una vez fracasado el intento denotativo, tendremos que recurrir a la connotación para sugerir,

mediante una metáfora, lo que entendemos que es clave en esa relación. Con tal objeto se plantea aquí, siguiendo el camino abierto por Erving Goffman en su obra *Internados* (Goffman, 1994), la comparación de la redacción periodística con una institución total, mediante la cual no pretendemos sugerir que la vida en un medio de comunicación sea similar a la de un sanatorio mental, sino que las dos instituciones comparten —en el plano teórico— características comunes que además son muy significativas para comprender su funcionamiento. Se trata en ambos casos de máquinas de resocialización adulta, aunque para el periodista sea sólo una educación que afecta a una parte concreta de su vida cotidiana, su actividad profesional. Goffman presenta, a lo largo de toda su obra pero en especial en sus análisis de corte más empírico, un retrato de la sociedad basado en el conflicto social y su incidencia sobre la personalidad individual, lo que, lejos de negar que el enfrentamiento exista más allá del individuo (como han pretendido no pocos), significa medir la ubicuidad de esa tensión, capaz de influir la dinámica histórica tanto como las vidas personales de quienes hacen la historia y son rehechos por ella cada día.

En *Internados*, investigación publicada en 1961, el autor plantea un tipo ideal analítico, el de institución total, y lo compara con una de sus manifestaciones sociales, el sanatorio mental. De esta manera, presenta un modelo de máquina social destinado a la reeducación intensiva de los individuos en los que, por causas diversas y además indiferentes para su funcionamiento, se observa un fracaso del proceso de socialización.

Se llaman establecimientos sociales —o instituciones en el sentido corriente de la palabra— a sitios tales como habitaciones, conjuntos de habitaciones, edificios o plantas industriales, donde se desarrolla regularmente determinada actividad. Algunos de ellos, como la Grand Central Station, son accesibles a cualquier individuo que se comporte correctamente; otros, como el Union League Club de Nueva York o los laboratorios de física nuclear de Los Alamos, parecen un poco exigentes en lo relativo al acceso [...] Toda institución absorbe parte del tiempo y del interés de sus miembros y les proporciona en cierto modo un mundo propio; tiene, en síntesis, tendencias absorbentes. Cuando repasamos las que componen nuestra sociedad occidental, encontramos algunas que presentan esa tendencia en un grado mucho mayor que las que se hallan próximas a ellas en la serie, de tal modo que se hace evidente la discontinuidad. [...] Me interesa explorar aquí las características generales de estos establecimientos, a los que llamaré instituciones totales (Goffman, 1994, pp. 17-18, la cursiva es nuestra).

Evidentemente, la discontinuidad es obvia entre instituciones tales como los laboratorios de física nuclear de Los Álamos y un sanatorio mental. No cabe pues la comparación simplista de la redacción informativa con el asilo, y quien desee leer las páginas que siguen por ese camino realiza una interpretación creativa. La institución total de Goffman es un instrumento creado para resocializar a aquellas personas que no aceptan el orden existente, o bien en el caso que nos ocupa para mantener dentro de él a aquellos individuos cuya desafección puede ponerlo en peligro.

De los periodistas depende, en las presentes coordenadas geo-históricas, la perpetuación ideológica del orden social. Cabe encontrar por tanto en su ambiente profesional un equipo material y simbólico (la institución total) que se ocupa de vigilarles no porque hayan desarrollado desviaciones respecto de las normas, sino porque, en caso de presentarlas, su específica posición social les llevaría a poner en riesgo la estructura más íntima del orden existente. La forma institucional a que nos referimos es la redacción de un medio informativo.

2. El mundo del novato

El joven periodista que llega a una redacción por primera vez ve como su mundo personal (pues la visión de la profesión a la que desea dedicarse está muy relacionada con su personalidad, ya que suele tratarse de una elección vocacional) entra en colisión con la explicación general de las cosas que propone el establecimiento. Sea cual sea la cultura académica sobre el periodismo adquirida previamente, el novato tiene muy pocas posibilidades de conservarla ya que es consciente de que, en caso de no adaptarse a las normas del medio, la empresa puede siempre despedirle, viéndose de nuevo en el temido paro. Pero no todos los trabajadores que entran por primera vez a una redacción son jóvenes novatos. Además del periodista veterano que cambia de empresa (ya está bien socializado y sólo tiene que adaptarse a las pequeñas rutinas ideológicas y laborales de sus nuevos jefes), se da también el caso de jóvenes licenciados que, porque sus antecedentes familiares en la profesión ya se han ocupado previamente de evitarles “ese trauma”, entran en la institución con su cosmovisión perfectamente configurada.

Sin embargo, en el caso estadísticamente más habitual, el del individuo que ingresa en una redacción procedente de una facultad de Periodismo, ese novato debe borrar una parte de su disco duro para abrir espacio a la programación institucional.

El futuro interno llega al establecimiento con una concepción de sí mismo que ciertas disposiciones sociales estables de su medio habitual hicieron posible. Apenas entra se le despoja inmediatamente del apoyo que éstas le brindan. Traducido al lenguaje exacto de algunas de nuestras instituciones sociales más antiguas, quiere decir que comienzan para él una serie de depresiones, degradaciones, humillaciones y profanaciones del yo (Goffman, 1994, p. 27).

La mayoría de jóvenes periodistas (García Tójar, 19991) explica su primer contacto con una redacción como “traumático”, y un porcentaje mayoritario desprecia los estudios de Ciencias de la Información porque no enseñan nada que tenga que ver con “la realidad” del periodismo. Es en efecto ésta la acusación principal que dirigen los periodistas españoles contra sus facultades (curiosamente, no ocurre lo mismo entre los periodistas veteranos, que estudiaron en la Escuela Oficial durante la dictadura): el cargo en sí ya revela que el periodista ha renunciado a su previo conocimiento de la profesión (un cuento para jóvenes idealistas) para aceptar como la realidad la cultura de la redacción (que es otro cuento).

Algunos de los fenómenos de disminución o mutilación del yo mediante autoridad múltiple, que Goffman detecta en los sanatorios mentales, se dan atenuadamente en la redacción de un medio de comunicación. Ésta tiene la particularidad de que sus internos no están encerrados en ella pues, como mantiene el propio Goffman, cada tipo de institución total adapta su funcionamiento a los objetivos sociales marcados. Los miembros del Union League Club no están obligados a permanecer siempre en sus lujosos salones aunque sí, con toda probabilidad, a enfocar gran parte de sus actividades públicas desde el punto de vista de un miembro del Club. Es obvio que el hecho de no encerrar a los internos tiene influencias sobre el proceso de reprogramación (lo hace más lento y favorece la capacidad de autonomía individual), pero de ninguna manera lo detiene o anula.

El joven informador a que nos referíamos antes se encuentra, en su primer día de trabajo, con un grupo de compañeros veteranos de cualquiera de los cuales puede recibir órdenes, muy probablemente contradictorias entre sí, lo que viene a aumentar su grado de desconcierto e indefensión moral frente a la institución, que aparece frente a él como algo incomprensible y superior. En esos primeros días sale muy poco del establecimiento y se limita a observar. El saber que ha acumulado en la facultad es descalificado de inmediato como un cuento o un “rollo teórico”, perdiendo así la única autoridad externa al medio de comunicación a que podía agarrarse. En realidad, se trata de levantar la barrera entre el mundo de dentro y el de fuera de la institución: todo lo que tiene sentido de un lado deja de tenerlo (o resulta problemático) del otro. Del lado de la redacción el periodista joven no conoce nada, no es siquiera una persona sino un pardillo, está totalmente desarmado frente a una institución fuerte y sólidamente establecida en el tiempo. Su personalidad profesional, en ese momento, se asemeja a aquello que Goffman denomina yo mutilado y está lista para ser completada por la cultura institucional.

Una vez terminado este período inicial de aprendizaje, el periodista continúa trabajando pero nunca deja de estar sujeto a la autoridad profesional. Como los militantes de un partido político o los reclutas de un cuartel, sabe perfectamente qué es “meterse en un lío” dentro de la institución. Ésta ha definido una serie de conductas como prohibidas y ha establecido unas sanciones represivas. Por ejemplo, el periodista que contradice la línea política de su empresa en un asunto importante se ve castigado con pena de silencio, es decir, su trabajo puede ser directamente suprimido (nunca caerá de la página por razones políticas, sino porque está mal redactado, no tiene gancho, etc.). Si persiste en su actitud puede ser enviado a otra sección (destierro), ver su salario recortado mediante la reducción de trabajos extra (multa) y finalmente ser despedido (la pena capital profesional, y no sólo en sentido figurado ya que un periodista calificado de conflictivo tendrá más problemas para encontrar un contrato estable).

Sin embargo, los “líos” también tienen la función de dinamizar la vida de la institución. Este sistema de pecados y castigos reparadores, según Goffman, evita que la antigüedad sea la única forma de movilidad en el reparto de privilegios (en el caso de la redacción, obviamente, ascensos y mejoras contractuales) y pone a los internos jóvenes en contacto directo con los veteranos (que son los más “castigados”, puesto que los veteranos “píos” han ascendido a puestos de responsabilidad y no tienen contacto con la tropa), contribuyendo así a avivar el flujo de información dentro del establecimiento, del que se nutren tanto los internos como la propia institución.

3. El juego astuto

Este tipo de re-adaptaciones traumáticas no es lo más habitual en los medios de comunicación de los países democráticos. Lo que sí sucede cientos de veces al día en nuestras redacciones es una versión de lo que Goffman llama ajuste secundario²:

Se trata de ciertas prácticas que, sin desafiar directamente al personal, permiten a los internos obtener satisfacciones prohibidas o bien alcanzar satisfacciones lícitas con medios prohibidos. [...] Los ajustes secundarios proporcionan al interno la importante comprobación de seguir siendo el hombre que fue y de conservar cierto dominio sobre su medio. Hasta puede ocurrir que un ajuste secundario se convierta en un reducto natural para el yo, una churinga, donde se siente que el alma se aposenta (Goffman, 1994, pp. 63-64, la cursiva en el original).

Mediante tales prácticas, los periodistas recobran cierta capacidad de autonomía que ofrece una válvula de escape para las presiones recibidas, puesto que se trata en definitiva de actos de resistencia contra la institución que les controla. Tales actos son canalizados hacia reductos carentes de importancia, nimiedades como conseguirse entradas gratis para el teatro o el fútbol, regalarse un reloj suizo, un crucero o una agenda del ministerio, gracias a las cuales el periodista puede creer que aún conserva en sus manos determinado poder de influencia. Al escapar la frustración por la vía de los ajustes secundarios, la vida en la institución social se hace más pacífica y los riesgos de estallido se reducen al mínimo. Es así como una potencial sublevación contra las normas institucionales es convertida en funcional por la institución misma.

Dos son los principales tipos de ajuste secundario que se analizan en Internados y que presentan un interés especial para el estudio de la vida cotidiana en una redacción. El primero, llamado ajuste violento, lo realiza quien queriendo salir del establecimiento u obstaculizar su normal actividad, se niega a desempeñar el papel que le ha sido asignado (en un periódico, alguien que no sigue las normas, no realiza sus tareas como debe y hace pública ostentación de su rebeldía: aunque no es habitual, ha sucedido por ejemplo en medios de comunicación públicos, con periodistas represaliados tras un cambio político). El segundo modelo de ajuste, denominado reprimido, lo lleva a cabo quien se adapta a las normas del establecimiento “sin introducir ninguna presión canalizada hacia un cambio radical” (Goffman, 1994, p. 200), es decir, sin necesidad de que medie ninguna forma de imposición violenta. El periodista comprende que aceptando el statu quo profesional que le rodea va a obtener menos pérdidas y más ganancias, y se adapta a la situación tratando de maximizar los beneficios físicos y psicológicos. Lo importante, como recuerda el sociólogo canadiense, no es la ventaja que los diferentes tipos de ajustes reporten a quienes los efectúan, sino el tipo de relaciones sociales que hacen posibles (y beneficiosos para todas las partes) esos ajustes: estudiando tales relaciones se podrá averiguar si sería posible llegar, ajuste tras ajuste, a un punto de saturación en el que estas prácticas profesionales entren en contradicción con las relaciones sociales en las que se han desarrollado.

Los internos y el personal (representantes de la institución) negocian los ajustes durante su contacto cotidiano. No son estrategias de resistencia o sometimiento desarrolladas por los internos o la institución para ganar mayor poder, sino pactos entre contrarios (con fuerzas y armamentos desiguales, por supuesto) que revelan la naturaleza irresoluble, dentro del presente marco de sentido de su relación, del conflicto que les enfrenta. Se trata de acuerdos o treguas que refuerzan a ambos contendientes y al mismo tiempo, haciendo más fácil su convivencia, ayudan a sostener un orden social que se ve reforzado a través de múltiples arreglos no igualitarios.

Además de la imposición traumática (ajuste primario) y del ajuste secundario (aceptado en su doble forma, violento y reprimido), encontramos en el periodismo otra forma de adaptación al entorno. La conversión es la asunción plena por parte del periodista de la visión que tiene de él la estructura socio-profesional. El converso intenta ser el discípulo perfecto, lleno de disciplina y entusiasmo y siempre listo para defender su profesión o su empresa frente a las intromisiones foráneas o contra cualquier cuestionamiento. Lo hace porque no tiene, frente a la institución, el grado suficiente de autonomía moral (basada por ejemplo en el volumen acumulado de conocimientos sobre el periodismo y la sociedad o en las redes intermedias de protección profesional) para superar ese complejo de inferioridad inducido. Defienden, en suma, el modelo de periodismo que alguien ha definido para ellos, y reciben por ese trabajo pingües beneficios profesionales.

En todos los procesos de adaptación juega un papel fundamental el contexto social vivido por el periodista. Los miembros de clases altas están más entrenados en la asimilación de normas externas (su posición les otorga más distancia respecto de sus roles, por tomar otro concepto goffmaniano), son capaces de representar mayor cantidad de papeles y disfrutan de una posición en la que el ajuste secundario es más habitual.

En su práctica laboral diaria, los periodistas combinan todo tipo de estrategias para realizar lo que Goffman denomina “el juego astuto”. Esto significa obtener, al finalizar cada una de las partidas cotidianas de que consta el juego profesional, la mejor posición física (laboral) y moral que permitan las cartas recibidas al principio. El becario recién llegado, por ejemplo, adoptará en la redacción la actitud de sometimiento permanente a cualquier redactor veterano para que éste, investido de repente de un poder que no tiene, acepte o alabe su trabajo mientras le da unas lecciones de periodismo que, salvo el taimado novel, nadie está dispuesto a escuchar. Ambos salen reforzados de su interacción, como sale del mismo modo reforzada la idea social del periodista joven como alguien que debe aprenderlo todo sobre la profesión porque, tras cinco años de carrera universitaria, aún no sabe nada importante. También se fortalece el conocimiento experimental, inmediato e individualista, frente al teórico, más lento, compartido y crítico.

Respecto a la organización de los cargos, los medios de comunicación presentan dos particularidades de cierto interés: en primer lugar, la mayoría de estos puestos de responsabilidad no acarrearán mando efectivo y permanente sobre otros periodistas sino mera coordinación de los trabajos encargados; y segundo, los periodistas, quizá por la fuerte socialización recibida al ingresar en la institución, tienen gran facilidad para aceptar y asimilar los criterios de sus superiores en categoría o experiencia. Gianpaolo Pansa, uno de los grandes del periodismo italiano, recuerda así la figura de Giulio de Benedetti, Gidibi, el histórico director de La Stampa:

Cuando entraba en la sala de redacción, todos nos levantábamos interrumpiendo el trabajo. Él saludaba con un gesto con la cabeza y murmuraba: “¡Señores, siéntense!”. Sólo entonces continuaba el trabajo. Le admirábamos y le temíamos. Tenía un ojo infalible para las meteduras de pata. [...] Para Gidibi, hasta la noticia más pequeña debía estar escrita en un italiano limpio, sencillo, ágil. No quería que se utilizase el verbo “verificarse” en lugar de “acaecer”. Odiaba los largos adverbios terminados en “-mente” y muchas palabras con desinencia en “-ción”. Un día que Gaetano Tumiatì, enviado especial de primera, comenzó un artículo con dos adverbios, “casi cotidianamente”, De Benedetti entró en la sala hecho una furia, con una copia de aquel papel en el puño, manoseada y arrugada. Yo había cambiado ya ese inicio por “casi cada día”. Me miró sonriendo y dijo: “Usted llegará a ser un buen redactor” (Pansa, 1986, p. 12; trad. propia).

Los verdaderos jefes, como De Benedetti, tienen plena autoridad sobre los redactores. Para ellos no es necesario dar órdenes: sus subordinados cumplen su voluntad antes de que el jefe llegue siquiera a expresarla. Estos altos cargos, que representan de hecho con su nombre a la institución entera, suelen pertenecer a las capas superiores de la sociedad. Aunque encontramos entre ellos personas de orígenes más humildes (y el periodismo es -o era- un medio particularmente propicio para las grandes escaladas sociales), la mayoría de altos directivos de medios de comunicación pertenece a las clases acomodadas. Y los arribistas pueden tener éxito sólo al precio de entregarse a la cosmovisión del grupo dominante de manera más íntegra que quien pertenece a él por nacimiento (un ejemplo en *Bel Ami*, la novela de Maupassant protagonizada por un periodista). Con la evolución de las empresas informativas del periódico familiar o de partido al grupo multimedia, propiedad de una gran corporación, esta tendencia ha aumentado todavía más. Se hace así más fluida la relación entre las élites periodísticas y el resto de élites sociales, alrededor de las cuales gira buena parte del trabajo de los medios de comunicación.

4. Formación profesional y control social

En la parte final de *Internados* su autor define al individuo, de una manera quizá algo mecánica, como “una entidad que asume actitudes, algo que está preparado para contrarrestar la más ligera presión y mantener el equilibrio” (Goffman, 1994, p. 315). Parece evidente, observando la dinámica social con un mínimo de realismo, que el concepto psicológico de personalidad individual como ente cerrado y completo (tras una fase infantil de aprendizaje), sobre el que tanta teoría social ha edificado la iglesia, precisa un examen crítico. Para empezar, la idea de que a partir de un momento misterioso en el crecimiento el individuo está ya completo esconde un ánimo conservador meridianamente claro. Incluso

Goffman, que no comparte esta visión de la construcción de la persona, parece sugerir en ocasiones que a partir de la edad adulta los individuos representan roles sociales más que asumirlos íntegramente, lo que, siendo cierto, puede conducir al teórico incauto a pensar que el ser humano adulto encara cada uno de sus actos cotidianos como si fuera sólo un juego de impostura. Es un error de cierta importancia. Las partidas sociales cotidianas donde cada uno de nosotros trata de hacer el juego astuto ponen en riesgo siempre nuestra supervivencia física y moral.

Aclarado este a priori, la visión goffmaniana de la personalidad humana como un órgano incompleto, en permanente evolución y asimilación de los contenidos racionales y morales difundidos por la sociedad, es mucho más útil para el análisis que el concepto elaborado por la psicología clásica. Es necesario pues estudiar cómo se va reformando el ser adulto según entra en contacto, traumático o placentero, con la realidad exterior; verificar que la cantidad de tiempo vivida es inversamente proporcional a la probabilidad de redefiniciones o reprogramaciones totales en la personalidad, pero no por ello las hace imposibles; analizar, por último, cada proceso de educación institucionalmente organizado para determinar lo que Goffman llama el diseño estructural subyacente a cada institución de socialización, es decir, la relación de necesidad que existe, si existe, entre un sistema de educación y el modo de convivencia social en que éste se ha desarrollado.

A partir de la observación analítica de la realidad social, obtendremos una visión más tranquila de los procesos socializadores, distribuiremos “menos alabanzas y censuras entre determinados directores, comandantes, abades y jefes de sala” (Goffman, 1994, p. 129) y comprobaremos las terribles presiones que nuestra sociedad ejerce sobre sus instituciones totales, obligándolas en no pocas ocasiones a cumplir funciones para las cuales no están preparadas (por ejemplo, la función de cárcel para el sanatorio mental) porque representan problemas frente a los cuales la estructura social no tiene respuesta.

Las instituciones totales del periodismo tienen la particularidad, en nuestras sociedades occidentales, de ser además empresas comerciales destinadas a la generación de beneficios económicos. Con su paulatina e inexorable transformación en grandes compañías financiero-industriales, los medios de comunicación sitúan a sus periodistas en el epicentro de un terremoto de cambios que afectan a todos los niveles de la vida (laboral, profesional, moral, psicológico, etc.). Este pequeño análisis de la imposición sobre los periodistas de una serie de valores profesionales, así como de las estrategias practicadas por aquéllos para salvar cierta parte de su yo de la agresión institucional, apunta al objetivo de considerar socio-históricamente los fenómenos comunicativos y sacar a los media de la mónada en la que una tradición científica (dedicada más a comprenderse que a comprender) los ha mantenido encerrados hasta hace muy poco.

El proceso de educación de los periodistas (como cualquier socialización) dista mucho de ser una imposición unilateral por parte de la institución sobre una serie de personalidades indefensas. Muy al contrario, se trata de un conflicto entre dos partes desigualmente provistas de fuerza social que pactan un acuerdo (puesto que ninguna de las dos puede eliminar al oponente dentro del diseño estructural común) en el que cada una trata de extraer el máximo beneficio. Siendo innegable que la institución tiene mejores cartas en esta partida, por ejemplo el monopolio de la violencia física y simbólica, es importante no despreciar el juego de chica que realiza la persona:

Cada vez que examinamos de cerca una institución social, descubrimos, sin embargo, una discrepancia con este primer planteo; comprobamos que los participantes se niegan, de uno u otro modo, a aceptar el punto de vista oficial sobre lo que deberían dar y recibir de la organización y, más allá de esto, sobre la índole del yo y del mundo que deberían aceptar para sí mismos. Si se espera de ellos entusiasmo, se encontrará apatía si se reclama lealtad, habrá desapego, si asistencia, absentismo; si una salud robusta, algún achaque; variedades de inactividad, si se requieren actos. Encontramos una multitud de minúsculas historias caseras que constituyen, cada una a su modo, un movimiento de libertad. Donde quiera que se imponen mundos, se desarrollan submundos (Goffman, 1994, p. 300).

La formación profesional de los periodistas en el entorno laboral puede entenderse, en suma, como una dinámica mediante la cual se ejerce el control social. Warren Breed, en 1955, planteaba esta hipótesis en un artículo titulado “Control social en la redacción. Un análisis funcional” (Breed, 1955)³, que comenzaba preguntándose cómo se logra una conformidad tan amplia entre los periodistas de un medio de comunicación, pese a la existencia de normas éticas y profesionales que protegen la independencia y a la vigencia de una suerte de “tabú ético”, que dificulta a los jefes la imposición por la fuerza de una línea política.

La respuesta de Breed es simple. En las redacciones los periodistas sufren un proceso completo de socialización en una serie de normas profesionales íntimamente ligadas a las que rigen en el conjunto de la sociedad. Los jóvenes informadores aprenden la línea política de su periódico “por ósmosis”, nunca directa y explícitamente, con objeto de “anticipar lo que se espera de ellos”. Como muestra Goffman en el caso del sanatorio mental, la autoridad de la institución total suele estar camuflada. Sólo precisa mostrarse abiertamente en situaciones muy extremas.

Breed menciona seis razones que empujan a los periodistas hacia la conformidad con las normas: (1) la simple autoridad, aunque sean casos muy excepcionales, que faculta a la dirección del medio para sancionar al informador; (2) la sumisión y estima hacia los superiores; (3) las aspiraciones de ascenso profesional; (4) la ausencia o debilidad de asociaciones profesionales (sindicatos, colegios, consejos de redacción) que puedan oponerse a las direcciones; (5) la “naturaleza agradable” de la actividad periodística, que proporciona satisfacciones de muy diversa índole; (y 6) la conversión de la noticia, dentro de la normativa profesional imperante, en un valor en sí mismo. Pero allí donde hay leyes hay disidencias, y no es en absoluto raro que el periodista consiga colar una historia políticamente inconveniente. A su favor, recuerda Breed, juega el carácter desestructurado de las normas que rigen su actividad profesional, el hecho de que (normalmente) el periodista sabe más que el jefe sobre el tema de su pieza, la autonomía que pueda concederle su estatus y, finalmente, la posibilidad de filtrar su historia a otro colega.

Hemos convenido en llamar mundialización a un multiproceso de cambios sociales (en lo personal, lo institucional y lo planetario), no siempre coherentes entre sí y aún no bien definidos, que está transformando la vida en las sociedades occidentales. Consolida la evidencia (Castells, 1997; Thompson, 1998) de que los medios de comunicación y quienes trabajan en ellos tienen un papel protagonista en esos cambios, al tiempo que sufren sus consecuencias y daños colaterales desde la primera línea. Se ha incidido aquí en la desprotección física, intelectual y moral de los periodistas frente a las instituciones sociales (informativas, políticas, empresariales, etc.), en la debilidad de las estructuras de mediación (asociaciones, colegios, sindicatos) y en el desprestigio de los establecimientos específicamente encargados de la educación profesional.

Los seres humanos aceptamos continuamente roles que reprimen nuestros impulsos. El periodista, por lo tanto, debe ser socializado en las normas de su profesión, y éste será siempre un enfrentamiento desigual frente a una institución más poderosa. Pero todas aquellas mediaciones que pueda esgrimir en la arena social (formación académica, redes asociativas, normas profesionales, etc.) le darán la imprescindible distancia crítica para tener algo que decir respecto de sí mismo.

Notas

1. El presente artículo forma parte de una investigación (García Tojar, 1999) basada en 60 entrevistas con periodistas y estudiantes de Periodismo españoles realizadas entre 1997 y 1998. De 30 individuos menores de 35 años, sólo una manifestó que no se había desilusionado nada tras su primer contacto con la profesión. Era hija de dos periodistas.
2. Félix Ortega ha señalado la pertinencia de los trabajos de Erving Goffman, en especial del concepto de ajuste secundario, para el estudio del periodismo (cfr. Ortega y Humanes, 2000).
3. María Luisa Humanes ha señalado antes (Ortega y Humanes, 2000, pp. 110-111) la importancia del estudio de Breed, calificándolo con saludable optimismo de “influyente”.

Referencias Bibliográficas

- Breed, W. (1955): “Social Control in the Newsroom: A Functional Analysis”. *Social Forces*, nº 33, pp. 326-335.
- Castells, M. (1997): *La era de la información. Volumen 1: La sociedad red. Volumen 2: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- García Tójar, L. (1999). *El factor humano. Socioanálisis de los productores de la información en España*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid (inédito).
- Goffman, E. (1994): *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ortega, R. y Humanes, M.L. (2000): *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Barcelona: Ariel.

Pansa, G. (1986): Carte false. Milán: Rizzoli.

Thompson, J.B. (1998): Los media y la modernidad. Barcelona: Paidós.